



La mujer, el hombre y la peste

José Antonio Merino



La peste asolaba al mundo, y la mujer estaba encerrada en su confusión.
El marido, ganaba dinero.

Ella era un alma solitaria y abandonada, aunque el hombre también estaba prisionero en ese lugar, entre paredes que cada vez se acercaban, enjaulándolos. Si antes uno se podía escapar del otro, ahora ya no era posible.

Esa situación de soledad compartida desencadenaba todas las frustraciones reprimidas, los miedos, la ira; vivir era solamente angustia, y allí es cuando aparecen las miserias o la grandeza de las personas.

En el aburrimiento insoportable, luego de unos días ya no había diálogo entre los encerrados.

Terminó confesándole al marido que lo había odiado toda su vida, lo cual según las redes sociales, fue el sinceramiento conyugal más frecuente en el hastío de aquella pandemia.

A la prole le reprochó no haberla tenido en cuenta, y que no devolvieron el amor y la vida que les había dado. Los hijos retados, reclamados e indiferentes, dijeron que su contabilidad tenía otros métodos para los debe y el haber del afecto. Los nietos ni la escucharon, y pensaban que si no fuera por el encierro, aquello de no ir a la escuela era algo que jamás volverían a gozar tanto, y de una manera tan hermosamente prolongada. Ninguno de ellos la visitó.

La cosecha del que siembra.

En ese país, era común quejarse siempre para llamar la atención y ser escuchado. Parecía casi necesario, la única salida. La mujer no tenía muchos argumentos, pero estaba desesperada para que la escuchasen. Ni antes, ni durante, ni después fue diferente, pero se encontraba sola, no tenía modos de escape, y hablaba hora tras hora conversaciones sin inteligencia en un teléfono que llamaban inteligente. Ahora, o chocaba contra los muros, o se arrojaba al vacío. Ya no contaba con aquellas distracciones para evitar encontrarse consigo misma, hablar de la última onda de la moda, el precio de las joyas, o comentar programas de televisión donde se debatían los escándalos de la farándula. Para ella, esa era la evasión perfecta, por no tener ningún sentido en la vida. Nunca se enteró.

Nadie la escuchaba. Todos habían desaparecido.

Como a niños que no habían aprendido, los medios decían a los adultos cómo había que vivir. Ella no escuchaba porque había perdido totalmente el sentido común. Su confusión fue madurando, comenzó a perder paulatinamente el sentido de la realidad, y en su frustración, llegó a decir que con la peste, *la muerte no era el problema*; la muerte de los otros, claro, nunca pensó que podría ser la de ella, pero ese tipo de gente piensa que las tragedias siempre les ocurren a los demás. La mujer no sabía que el poeta había dicho que nosotros, somos los demás de los demás. Luego agregó que *lo peor era lo otro*, y no se sabe que quiso decir, porque su mente ya estaba extraviada para responder a lo más simple. Posiblemente lo otro peor para ella era que ya no podía consumir desafortadamente, gastando el dinero que el marido le quitaba a cualquiera, y entrometerse en la vida de todos, como fue su día a día, antes del encierro de la peste.

Los pobres eran los que más morían. El hombre decía que ocurría porque "*eran como eran*", y esto según sus palabras, significaba que habían nacido inferiores y por eso eran ignorantes, vagos, simples. Ese señor era un Darwin de los humanos, pero él como humano, era un primate, y no sabía pensar más allá del cerebelo, que era nuestra inteligencia reptil.

Luego de la peste, de puro aburrída, la mujer se lanzó desesperada, a comprar todo lo que no necesitaba, y el marido siguió acumulando dinero.

Más adelante, cuando retornó lo que llamaron el mundo normal, se encerró en su vivienda. Las plantas se secaron. No volvió a lavar el hogar, ni higienizarse. Presa de la depresión, su vida era igual que con la peste, pero afuera ya era diferente.

Muertos los pobres, la sociedad continuó igual. O sea, peor.

Mientras la humanidad volvía a asomar las narices en la acera, los vecinos comentaban que por fin se habían quitado a esa anciana chismosa y necia de la cuadra, ya no tenían que soportar sus majaderías. El verdulero de la esquina se preguntaba si esa señora habría muerto por la peste; el vendedor de los periódicos se lo deseó, y luego de un tiempo, nadie pensó en esa mujer que nunca significó nada en sus vidas, y que viviera o muriese significaba lo mismo, porque cada uno estaba en lo suyo.

En aquella pandemia algunos aprendieron mucho, otros nada, y la mayoría, ansiosos por retornar al consumismo anterior, olvidaron todo. El marido siguió ganando dinero, era feliz. Deprimida, la mujer enloqueció y la internaron. Ninguno la visitó.

¿Quién fue esa mujer triste y vencida que ya nadie menciona?

Ella fue esa luz débil, encendida hasta después de la medianoche, que viste en cualquier balcón de esta enorme ciudad, en el tiempo largo que duró la peste.